



**Colaboración: Dr. Alberto Franco Silva**

#### EL INSOLUBLE PROBLEMA DE LA SALUD

Pareciera que la función principal de los médicos no fuera hoy la de brindar bienestar físico y mental a los pacientes y a la sociedad en general sino pedirles exámenes costosos y remitirlos de uno en otro especialista, que a su vez le ordenarán otra batería de análisis y seguramente le formularán otro montón de remedios, sin que haya un médico que se apersona del caso y unifique criterios. A la postre el paciente, si es que le alcanzó para tanto transportarse y si le va bien, terminará con varias recetas simultáneas y de pronto con efectos medicamentosos secundarios graves que a su turno generarán nuevas remisiones y más medicamentos.

El asombroso desarrollo del conocimiento y la tecnología médicos ha generado una medicina cada vez más precisa y eficaz, pero de costos despiadados y ruinosos para cualquier presupuesto, aun si fuera manejado con decencia y pulcritud.

Los descubrimientos de la medicina actual son financiados a altos costos por los laboratorios farmacéuticos. Naturalmente ellos quieren sacarle el mayor provecho económico a su inversión, valiéndose para ello de todos los medios posibles de convencimiento, en una cadena de intereses que pueden ir desde las esferas oficiales hasta llegar al paciente, el consumidor final, que exigirá para sí o para su familiar lo mejor de lo mejor (así no sea cierto), olvidándose de costos, amparado por lo que ordena en su sabiduría el poder judicial.

Hasta ahí todo muy bonito. Hemos satisfecho el derecho a la salud, a la igualdad, al libre desarrollo de la personalidad, a todo lo que proclaman las leyes. Y casi todos nos hemos lucrado en el negocio de la salud, cada cual en mayor medida según sus posibilidades y sus agallas.

Pero tristemente los recursos son finitos y pronto la olla volverá a quedar raspada. Tocaré volver a proveerla, lo que significa más pronto o más tarde nuevos impuestos, que no es prudente aumentar más allá de ciertos límites si se quiere conservar

el orden social, que también se puede alterar peligrosamente con el desgüeño en la atención de la salud.

Hay que saber poner los pies en la tierra, sabiendo qué es lo que estamos en capacidad de ofrecer en salud con nuestros limitados recursos, partiendo de lo fundamental, pero cumpliéndolo con eficiencia y con la debida oportunidad.

Les estamos enseñando a los nuevos médicos a depender totalmente de la costosa tecnología importada, olvidándonos de que la mayoría de los diagnósticos se podrían hacer con un buen interrogatorio y un buen examen físico, para los cuales no les damos tiempo, y los mantenemos bajo la amenaza constante de una acción judicial por omisión de ciertos exámenes costosos, que en el momento de la consulta no consideró indispensables.

Hoy día partimos de la premisa de que lo importante es alargar la vida, aunque lo que se añada muchas veces en años signifique eternizar sufrimientos, decrepitud y desamparo, sin tener en cuenta la voluntad del enfermo ni la conveniencia para la sociedad. En eso gastamos buena parte del presupuesto, que bien usado podría servir para brindar bienestar a quienes están en capacidad de disfrutarlo. No respetamos el derecho a morir dignamente, proclamándonos arbitrariamente representantes de la voluntad de Dios. Antiguamente los pacientes terminales solían morir en su casa, con el consuelo de los santos óleos. Hoy los sometemos, desde que haya cama disponible, al tormento del cuidado intensivo, que entre paréntesis permite facturar más.

ALBERTO FRANCO SILVA